

 INSTITUTO DE  
INVESTIGACIONES  
ANTROPOLÓGICAS



---

TRIBUTO A

# JAIME LITVAK KING

PAUL SCHMIDT  
SCHOENBERG

EDITH ORTIZ  
DÍAZ

JOEL SANTOS  
RAMÍREZ

---

coordinadores



**iiA**  
INSTITUTO DE  
INVESTIGACIONES  
ANTROPOLÓGICAS

---

*Tributo a Jaime Litvak King* / coord. Paul Schmidt Schoenberg,  
Edith Ortiz Díaz, Joel Santos Ramírez. -- México :  
UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas,  
2008.  
352 p. : fots. ; 28 cm.  
Incluye bibliografías  
ISBN 978-970-32-4809-4

1. Litvak King, Jaime, 1933- 2. Arqueología – México.  
3. Indios de México – Antigüedades. 4. México – Antigüedades.  
I. Schmidt, Paul. II. Ortiz Díaz, Edith. III. Santos Ramírez, Joel.  
IV. Universidad Nacional Autónoma de México.  
Instituto de Investigaciones Antropológicas.

972.01-scdd20

Biblioteca Nacional de México

---

Primera edición, 2008

© D.R. 2008, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Instituto de Investigaciones Antropológicas  
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

ISBN: 978-970-32-4809-4

Realización de portada: Deyanira Garza  
Fotografía de portada: Jaime Litvak bajando de un helicóptero  
durante una temporada de campo

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

D.R. Derechos reservados conforme a la ley  
Impreso y hecho en México  
*Printed and made in México*

## ARQUEOLOGÍA EN CAJAS DE CARTÓN

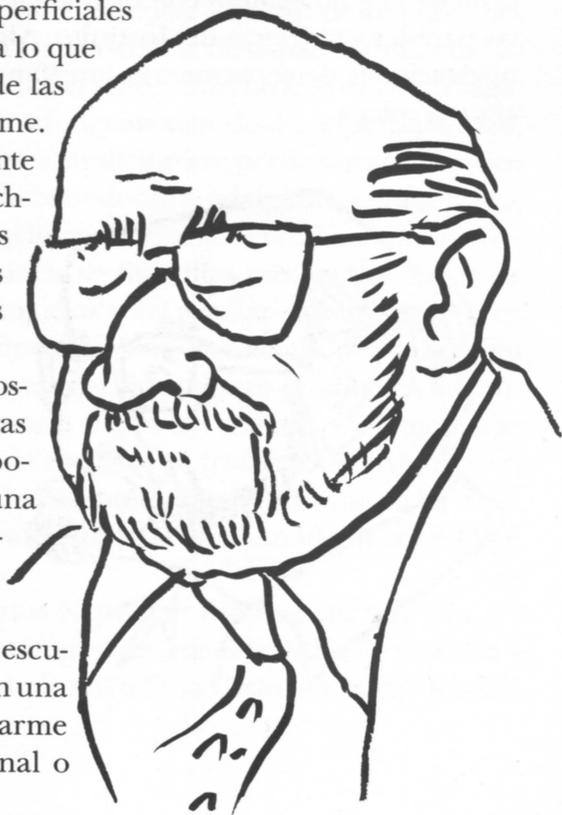
*Alfredo López Austin*

Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM

Por mucho tiempo los dibujos habían estado colgados en la cafetería del Instituto; tantos años ya, que se habían convertido en parte de las paredes. Un día, renovación total, nuevo periodo, nuevo aspecto, nueva pintura, los cuadros desaparecieron, y con ellos la referencia a una época que también parecía deslavada.

Arcadio Morales sabía dónde estaban los dibujos. Los guardaba en una caja de cartón, apartados del polvo. ¡Faltaba más! No había polvo que aumentara la decrepitud. Arcadio y yo abrimos las tapas de la caja e iniciamos la estratigrafía. Superficiales unos, profundos otros, aparecía lo que buscábamos. Yo encontré tres de las caricaturas que había hecho a Jaime. Otras tantas, ajenas, de excelente factura, se reservaron a Paul Schmidt. Me llevé en préstamo mis tres dibujos y dejé en la caja otros que yo había hecho en las largas reuniones académicas.

¿Quién había iniciado la costumbre de retratar a los colegas durante el desarrollo de sus ponencias? Tal vez fui yo. Era una costumbre adquirida en mi infancia. Dibujar mientras escucho aumenta mi concentración en el discurso. Es la contraparte de escuchar jazz mientras escribo, y ni en una cosa ni en otra puedo considerarme demasiado original. Pero original o



no, lo cierto es que al poco tiempo de verme dibujar en las sesiones del Instituto, varios colegas siguieron mi poco edificante ejemplo, y el acto se convirtió en pauta colectiva.

El ambiente era propicio. Era parte del trato cotidiano –afectuoso, burlón, irrespetuoso, a veces agresivo– prevalente en el Instituto de los viejos tiempos. Familiar, sin duda, con todas las ventajas y las desventajas de las relaciones familiares. ¡Familia peculiar la antropológica! –criticarían tal vez los testigos externos–; pero hay relaciones que no son ni para alabarse ni para censurarse, sino para reconocerse. Es la historia.

En un principio, las caricaturas fueron obras efímeras; pero la institucionalidad de las reuniones académicas alargó su existencia primero por horas, luego por días: fueron parte del comadreo tras la pesada formalidad, comidilla posprandial. Y luego llegó la formalización del comadreo: aparecieron los periodiquitos de las reuniones, y éstos aceptaron primero, demandaron después, aquel material gráfico que ilustraría sus maliciosas crónicas. La forma impresa provocó un cambio notable para las caricaturas: entre otras cosas, aquella multiplicación formalizada impulsaba títulos, cabezas o pies de figuras, y de allí se iría a los breves textos, en prosa o en verso.

¿Dibujo y verso? El paso ya estaba dado: los finales de cada mes de octubre desataron la elaboración febril de calaveras que recibían cada principio de noviembre con metros cuadrados de calaveras adheridas a las paredes y vidrieras del Instituto. Algo ha de quedar de aquellas manifestaciones de socarronería intrafamiliar en los archivos de algún o alguna colega.





Reconocida, instrumentalizada y oficializada la tradición, partió de la dirección la idea del enmarcado. Jaime Litvak convirtió en perenne lo que había sido momentáneo, y así, de manera muy distinta a la del mutable retrato pintado por Oscar Wilde, vimos que aquellos rostros, aunque caricaturescos, no cambiaban ante los ojos de quienes, mirándolos, nos íbamos deteriorando. ¡Todo tiempo pasado fue mejor!

Volvamos a mis tres dibujos recuperados. Estaban desteñidos; era necesario reproducirlos. Ya en casa procedí a destapar los marcos. El primer intento fue suficiente para hacerme desistir: no sólo estaba desapareciendo la tinta; el papel, con un admirable sentido de responsabilidad, había cumplido por años sus deberes publicitarios; pero ahora tenía físico de jubilado. Los rayos solares lo habían dorado, adelgazado, fragilizado, y lo que en su tiempo habían sido líneas ahora amenazaban con convertirse en grietas, en filetes de escamas de figurillas recortables. Antes de que el dibujo se convirtiera en hojuelas volví a sellar el lomo del marco y a pensar en otra vía de reproducción. Una técnica moderna hubiera permitido rescatar los trazos a través del vidrio; pero renuncié a buscarla. Era mi oportunidad de retrazar a mano las imágenes y recordar vivencias mientras la pluma seguía caminos ya transitados. ¿Alguna vez lo has hecho, lector? Es sorprendente. Inténtalo, y conforme vayas repasando tus lejanos rasgos te llegarán chispazos que han ido quedando en los rincones de tu memoria.

Redibujé a Jaime; a un Carlos Navarrete distante no sólo por los años, sino por un corte de pelo ya imposible por el tránsito de la moda y de la robustez capilar; a un ceñudo Román Piña Chan; a George Kubler,

a John Paddock, a David Grove, dichoso de haber excavado con Arcadio aquella caja de cartón.

Ya con esta experiencia, quise repetir mi hallazgo en otros repositorios. Ahora busqué en mi casa, y encontré, también en una caja de cartón, otro viejo dibujo. Su origen me llevó a una historia diferente. El 13 de julio de 1976 yo había cambiado adscripción, y mi centro de trabajo era ahora el Instituto de Investigaciones Antropológicas. Mi entusiasmo por el nuevo ambiente académico hizo que me echara a cuestras pequeñas tareas de interrelación con mis colegas; me encargué de publicar notas en un boletín interno, mimeografiado. Aquellas hojas eran de una pobreza increíble frente a cualquier boletín moderno; pero satisfacían por entonces nuestras necesidades.

En ese tiempo nos estábamos cambiando de local, y nuestro destino era el edificio que había pertenecido anteriormente a Geología, a un lado del Centro de Lenguas Extranjeras. El 17 de agosto nos mudamos de local los dos primeros investigadores: Maru Villanueva y yo. Unos días antes, el 4 de agosto, yo había hecho una caricatura para el boletín; Jaime se veía en ella durante el proceso de la mudanza, en un denodado papel de tamente. Jaime recibió más o menos de buen grado la caricatura; pero me pidió que fuera parejo y que en lo sucesivo dibujara a los demás colegas. Seguí, por supuesto, su propuesta, y quedan por allí algunos testimonios de mi empeño en ejemplares de aquella rústica publicación.

Redibujé también esta caricatura. Redibujé mi memoria, no precisa, no fiel, no indemne. Pero, al fin y al cabo, ni recuerdos, ni trazos, ni vida fueron obras de arte: fueron cadenas de hechos efímeros que adquirieron duración más prolongada por razones de azar. El azar los hizo reposar primero sobre las paredes; después, en cajas de cartón. Así pasamos.

